



Editorial a cargo de Antonia Olmos Alcaraz y Aurora Álvarez Veinguer, miembros del Instituto de Migraciones y Profesoras Titulares del Departamento de Antropología Social, en la Universidad de Granada

“El problema sigue siendo el racismo”

El pasado mes de octubre desde el Ministerio de Interior se presentaba el “Informe sobre la evolución de los delitos de odio en España 2021” (Oficina Nacional de Lucha contra los Delitos de Odio). En dicho informe se constataba que los delitos de odio han aumentado en el último año, en concreto un 5,63% con respecto a 2019. Entre ellos resulta especialmente preocupante el aumento de los delitos de carácter xenófobo y racista –los más numerosos–, que suponen el 35,4% del total. Estos datos, más allá de las discusiones epistémico-metodológicas que podamos tener sobre cómo “medir el racismo”, ponen sobre la mesa de forma muy clara que estamos ante un problema –el del racismo– que muchos creían desterrado, inexistente, “controlado” en nuestro contexto más inmediato. Como un ejercicio de ficción y bricolaje maniqueo, se asumió que desterrando el uso de la palabra raza del léxico, sustituyéndolo por cultura o etnia, y abandonando el constructo biologicista, se acabaría –como por arte de magia– con el racismo; sin detenernos en una mirada genealógica sobre su arraigo institucional. Nada más lejos de la realidad, siempre estuvo ahí, nunca se erradicó. A lo sumo, nuestras sociedades aprendieron a disimularlo, camuflarlo y negarlo, más aún, a naturalizarlo. Quizá con un propósito distinto, pero a la postre con un resultado idéntico. El problema, por lo tanto, no es solo que el racismo esté aumentando –que también–, sino que aún hoy seguimos sin reconocer suficientemente su existencia, seguimos sin dimensionarlo –que no medirlo– lo suficiente como para poder sentar las bases de la construcción de un conocimiento útil a partir del cual abordar dicha realidad, situándolo en su origen histórico y colonial. Parte del problema es sin duda de carácter social: la normalización y radicalización del racismo producto –entre otras cuestiones– de la consolidación de la extrema derecha, su entrada en las instituciones y su poder para imponer relatos a través de los medios de comunicación. Pero no seríamos honestas si asumiéramos que la cuestión del racismo solo atañe a la extrema derecha, puesto que, al igual que otros sistemas de dominación, se encuentra imbricado en las prácticas sociales, atraviesa nuestros cuerpos, determina relaciones de privilegio y opresión que frecuentemente pasan desapercibidas. Por otra parte, la otra vertiente del problema es de carácter teórico: el no reconocimiento como racismo de algunos componentes del mismo, o incluso la incapacidad de ver cómo forma parte de nuestras instituciones, nuestros imaginarios más arraigados, nuestros relatos aprendidos. Como antropólogas entendemos que el acto de “nombrar” –performar, categorizar– es en sí mismo un ejercicio de poder, así como “no nombrar” –obviar, invisibilizar– también lo es. No reconocer –y por consiguiente “no nombrar” como tal– ciertas formas o componentes del racismo es una forma de perpetuar su existencia y de contribuir a su reproducción,

pues no podemos combatir aquello que no consideramos un problema o que hemos sido capaces de construir como “inexistente”. Desde un espacio de investigación perteneciendo a la Universidad Pública, como es el Instituto de Migraciones, nos parece importante incidir e invitar a dejar de tratar el racismo únicamente como una ideología, o una conducta individual que puede responder a particularidades psicológicas que emanan de personas concretas, y que seamos capaces de nombrar las prácticas sociales (y sus matrices de dominación) que reproducen relaciones sociales que siguen generando privilegios materiales y simbólicos para algunas personas y opresiones para otras.